



Perez, Béatrice, *Les marchands de Séville. Une société inquiète (XVe-XVIIe siècles)*, París, Presses de l'Université Paris-Sorbonne, 2016, 428 págs., ISBN: 979-10-231-0524-7.

La Sevilla que Carande definió, a un tiempo, como “fortaleza y mercado”, su discípulo, E. Otte, la mostrará ya, para el siglo XV, como la “ciudad de los mercaderes”. Desde la conquista cristiana en 1248, se convierte en una *encrucijada internacional* de los intercambios medievales habidos entre la Europa cristiana y el Norte africano musulmán, entre el Mediterráneo y el Atlántico, entre la Península Ibérica y las Islas Canarias y, desde 1492 en adelante, entre España y América.

La ciudad y los mercaderes de Sevilla habían adecuado sus actividades a las oportunidades que ofrecían la localización privilegiada de su puerto y a los impulsos expansivos del primer capitalismo. Atrajo la presencia de colonias de mercaderes castellanos –burgaleses, vascos–, del ámbito mediterráneo –genoveses, catalanes, valencianos, florentinos, sieneses, venecianos, luqueses– y del Atlántico norte –flamencos, ingleses, bretones, etc.–. Tras la conquista de las Islas Canarias se afianza el desplazamiento de mercaderes del Mediterráneo al Atlántico, descrito por Ch. Verlinde, que hacen de las ciudades de Lisboa y Sevilla las grandes beneficiarias. En el caso sevillano, se perfila la fisonomía de las actividades crediticias, monetarias y financieras con presencia de cambiadores, la práctica del giro y cambio y la adopción y desarrollo de instrumentos –letra de cambio, seguros, contabilidad, préstamos marítimos, compañías, etc.– que convirtieron a Sevilla en plaza financiera.

No es de extrañar que la plaza sevillana haya atraído a tantos investigadores españoles e internacionales interesados en el estudio de esa etapa, crucial, que transcurre en el tránsito del siglo XV al XVI. Un interés reforzado por el plus que supone disponer de una abundancia documental, gracias a los fondos notariales, municipales, americanos, consulares, nobiliarios, de hospitales, etc. Una amplia nómina que abarca desde Hëbler, Haring, Sayous, Hamilton, Girard, Chaunu, Verlinden, De Roover, Melis, Carande, Otte, Schäefer, Ponsot, Boscolo, Morales, etc. a otros posteriores como Collantes de Terán, Ladero, Bernal, Pike, Molinié, Bono, Bello, Gil, Varela, Aznar, Donoso, Wagner, y un largo etcétera entre los que hay que incluir a la autora del trabajo que reseñamos.

Béatrice Pérez ya había dado cuenta a través de libros y artículos del buen conocimiento adquirido sobre el período y sobre la temática relacionada con los judeo-conversos en Andalucía, etc.; al igual que su maestría en el manejo de las fuentes documentales –notariales, municipales, contaduría mayor de cuentas de la corona, etc.–. *Maître de conférences habilitée* en París-Sorbonne, la autora recorre su etapa formativa bajo la tutoría de Annie Molinié, con un alto grado de especialización, además de sobre conversos, en temas relacionados con la Inquisición, pureza de sangre, nobleza, etc. Y, finalmente, en sus últimos trabajos, sobre los mercaderes en

la Sevilla de fines del XV a mediados del siglo XVI, de lo que este libro es, hasta el presente, su aportación más densa y acabada.

El libro consta de dos partes bien diferenciadas, más el complemento –20% del total– de cuatro anexos de sumo interés (el anexo III es una de las más completas bases de datos sobre mercaderes sevillanos de 1483 a 1500). De las dos partes que componen el texto, la primera está dedicada al arte de la mercadería; trata desde la formación del mercader a su inserción socio-cultural –una actividad honorable– y analiza los útiles propios de su oficio, los elementos de innovación y la cuestión de la sanción moral que siempre planea sobre el quehacer mercantil bajomedieval. En la segunda, analiza la estructura y organización de la sociedad mercantil sevillana, su evolución y transformación desde la empresa familiar a la de alto riesgo, propia de las compañías del comercio de las Indias.

La primera parte es la que, a mi entender, podrá suscitar más interrogantes en los lectores, al menos, entre los españoles por su menor novedad y entidad. De los tres capítulos de que consta, el primero y el tercero versan de manera genérica sobre la formación del mercader, los tratados de aritmética disponibles o la honorabilidad, o no, de la actividad mercantil, siempre bajo sospecha por la usura, etc. Los libros analizados son resúmenes no siempre adecuados –muy a contrapelo y forzadas las referencias a Cotrugli, o Savary, del siglo XVII– de estudios generales e inespecíficos, que muy poco o nada aportan al caso sevillano o las digresiones sobre la Calle, Villalón, Saravia, Azpilcueta, Mercado, etc.

El segundo capítulo, en cambio, se centra en el mundo mercantil sevillano donde hay aportaciones de interés, aunque algunas discutibles, sobre el perfeccionamiento contable detectado en las minutas notariales sobre *libros de cuentas y razones* de judeoconversos. Por razones que no alcanzo a comprender, en este punto la autora hace caso omiso de todas las aportaciones fundamentales que sobre los arranques de la contabilidad moderna en la plaza sevillana han hecho reconocidos maestros como Hernández Esteve y Ferrando y el grupo de historiadores de la contabilidad en España; de haberlas incorporado, el resultado hubiese sido muy distinto. El resto del capítulo está dedicado a analizar los elementos de innovación en fletes, cambios y seguros, donde, como es sabido, la plaza Sevilla siguió al dictado las pautas mercantiles genovesas, sin novedades significativas, aunque los ejemplos y documentación que proporciona son de interés indudable.

La segunda parte de la obra, se centra al completo en la casuística mercantil sevillana; ofrece una radiografía bien ajustada tanto del grupo judeoconverso como de las redes de burgaleses, genoveses o ingleses que hacen acto de presencia en la ciudad. Se percibe el influjo de los últimos estudios de E. Otte, al tiempo que supera los planteamientos, en su día tan en boga, formulados por R. Pike.

El interés por los factores de promoción y de “déclassement” social de la clase mercantil es lo que subyace y analiza a través de la estructura y organización de la misma, de sus niveles de riqueza, o cuantía de capital, de las inversiones realizadas. A destacar, las páginas dedicadas a las modalidades de “empresas”, desde las de naturaleza familiar, propias del mundo bajomedieval, a las de compañías más innovadoras, de capital multiriesgo, que proliferan al calor de la incipiente negociación con las Indias.

En este sentido, el último capítulo, dedicado a la compañía mercantil de los hermanos Fuentes, en el inicio mismo de la aventura americana, supone un excelente broche de cierre de aquellos “tiempos nuevos”. Una época que marca el tránsito de

una sociedad tradicional a otra donde la innovación, la presencia de nuevos agentes –genoveses reemplazando a judeoconversos– y la formación de nuevos círculos sociales y de poder presagian el florecimiento del moderno capitalismo. Una transformación donde los mercaderes de Sevilla fueron protagonistas privilegiados.

Antonio-Miguel Bernal
Universidad de Sevilla
ambernal@us.es